La amenaza

Un rey, una dama, una torre, un alfil y un caballo de ajedrez están en el tablero representados por las letras J, K, L, M y N, aunque no necesariamente en este orden. Deduzca qué pieza es cada letra, sabiendo que cada número indica cuántas piezas amenazan a dicha casilla.

		J					
						L	
	K	3					
				M			
						4	
				N			

SOLUCION

J=Dama; K=Rey; L=Torre; M=Caballo; N=Alfil.

Número oculto

Deduzca un número de cuatro cifras distintas, que no empieza con cero, a partir de las pistas numéricas. En la columna B (de BIEN) se indica cuántas cifras correctamente ubicadas tiene ese número con el buscado. En la columna R (de REGULAR) se indica la cantidad de cifras comunes, pero fuera de posición.

				B	R
				4	0
2	7	6	1	0	1
3	2	8	1	1	0
2	7	9	3	1	1
8	4	3	2	1	1

SOLUCION 3496

Verano/12



BASTA PARA MI

(*Por Ignacio Carrión*) Servicio de socorro de Radio Nacional: "Desde el pasado día 15 se encuentra desaparecida de su domicilio doña Avelina Traga Todo, de 45 años, morena y de estatura mediana. En el momento de su desaparición vestía falda azul, blusa blanca y zapatillas playeras. Tiene sus facultades mentales perturbadas". Sentada en un mojón de la carretera, lejos del mar y sobre todo de su familia, doña Avelina llevaba la blusa hecha jirones y, de tarde en tarde, se incorporaba para ejecutar un frenético zapateado sobre la llave del hogar. En esta posición fue abordada por un automovilista que venía escuchando la radio y la identificó sin dificultad, aunque doña Avelina se resistió a subir al coche repitiendo que no regresaría al hogar hasta que empezaran los colegios, y con ellos, la normalidad. Era evidente que el veraneo la había enloquecido. "Mi hijo de 14 años me utiliza como taxista, obligándome a llevarle de un sitio a otro. De lo contrario se aburre. Mi hija un año mayor que él, sale a las doce de la noche, todas las noches y vuelve a las ocho de la mañana. De día duerme. Mi otra hija hace lo mismo que la mayor, con la diferencia de que cuando vuelve arrasa la nevera, pone música de Tarzán y su Puta Madre buscan Piso en Alcobendas, que es un grupo horrible, y me deja la cocina hecha un estercolero. Dice que es normal. Luego están los amigos de los hijos, buscando jamón de pata negra y a la caza de la hamaca. Y las amigas de ellos, tan monas, que dan cobijo a los vendedores somalíes, buenos, bonitos y baratos, porque les dan pena. Y encima mi marido repite que ya no aguanta más, que la culpa es de las mamás que hemos perdido toda la autoridad y que se va a pegar un tiro. ¿Qué puedo hacer yo misma como no sea huir? Caballero, déjeme tranquila en esta hermosa cuneta." Y apenas dijo esto, doña Avelina Traga Todo abrió desmesuradamente la boca y se tragó la llave.

TIGRES Y ALONI

El siguiente texto es sólo una parte de una gran cantidad de folios hallados en el interior de un fascistol de campaña, en los depósitos de la estación Los Cardales, en la provincia de Buenos Aires, manuscrito con tinta e ilegible en algunos sectores, en cuarenta cuartillas sin membretes ni sellos y con una fecha al pie, imprecisa por el deterioro: abril de 1913 o 1993, junto con un revólver del'38, un espadín y una chaqueta de caftán negro con insignias de capitán de la caballería.

Eduardo Mignogna ha cabalgado entre el cine y la literatura. Entre sus obras figuran "En la cola del cocodrilo" (novela, 1971), "Lastenia" (1975, ganador del concurso de cuentos policiales organizado por Editorial Abril y Air France) y "Cuatrocasas" (1976, novela con la que obtuvo el Premio Casa de las Américas). A continuación se publica un fragmento de la novela "Tigres y alondras", que Mignogna escribió durante los años del exilio en España

Dos meses después de iniciadas las campañas, los autogiros que volaban sobre el pelotón de cabeza anunciaron que nos acercábamos a un puesto fortificado. Era el baluarte de Chacabuco, una muralla altísima de los tiempos de la reconquista que se extendía de horizonte a horizonte. Los tres jefes del alto mando (coroneles Washington Leguizamón, Júpiter Violet y Rósulo T. Orleáns) despacharon una partidilla encabezada por el vicesargento Mintsiski, y compuesta por treinta blandengues de cada tercio, con la consigna de reconocer el área de la fortaleza. A continuación, se ordenó concentrar la artillería de sitio y el grueso de la fuerza a cien metros de Chacabuco, y esperar la señal de ataque si se producía una emboscada enemiga: esta señal consistía en un disparo al aire que debía lanzar el vicesargento Mintsiski con su tercerola.

Se llama Mintsiski —Lionel Mintsiski— pero lo apodaban el Yaguareté por su destreza para seguir rastros. Había sido reclutado como aspirante en el cuartel de Hugues, llevaba rojas barbas bajo su nariz de buitre y vestía al estilo de nuestra caballería: espuelas culebreras, uniforme lleno de botones dorados y una hilera de granadas de mano en la cintura. Bajo su mando salió la partidilla de trescientos blandengues, y entre aquellos blandengues partí yo.

La noche era fría y neblinosa. Y Mintsiski adelantó su caballo blanco para pasar revista al baluarte. Nadie parecía haber llegado nunca a ese lugar. No había en todo el paraje rastros de animales o pisadas humanas. Bajo la chaparrada incesante, las piedras de Chacabuco se veían cubiertas de cizaña, con grietas humeantes donde crecía la tuna y donde zumbaban avispas y moscones.

El Yaguareté frenó su galope al pie de la muralla y se elevó en los estribos; permaneció en esta posición un rato, oliendo el aire viejo que salía de las barbacanas. Nuestra partidilla se desplegó a sus espaldas y lo cubrió por los flancos. Entonces se oyó un susurro, como el arrastrarse de un cuerpo detrás del muro. En el hueco de una barbacana apareció un ojo que espiaba al vicesargento.

—Alto, soldado —ordenó una voz—, dame el santo o disparo!

Mintsiski bajó su mano y desenfundó la tercerola.

—¿Quién vive? —preguntó.

—El custodia de la muralla, soldado, un llanero de las brigadas del general Páez. Tengo la consigna de rechazar a los realistas.

—No venga con cuentos —barbulló Mintsiski—, los llaneros están todos bajo tierra. La guerra contra los españoles terminó hace dos siglos. Sea prudente y abra el baluarte.

La mano del Yaguareté señaló un pequeño portal con un candado oxidado, y el ojo acompañó desde el hueco el recorrido de la mano. El cielo se iluminó. Un rayo que zarigateó en el aire fue a despedazar un viejo olmo. La lluvia continuaba chorreando sobre las piedras. Y la lluvia llenó de agua el ojo. Era un ojo negro, viscoso; parecía cansado de mirar.

—¿De verdad te creés que la guerra terminó? —se oyó al rato.

—¡Le estoy diciendo que sí! —exclamó el vice.

—¿Y quién ganó?

—y yo qué sé quién ganó, ¡eso pasó hace muchos años! ¡Ahora todas las guarniciones firmaron un pacto contra los insurgentes! —se engalló Mintsiski en la montura y declaró con voz ronca—: Salga a la luz, ésta es otra guerra. No haga perder el tiempo. Nuestras divisiones esperan una señal para cargar...

Cambió de mano la tercerola y se volvió ligeramente hacia nosotros. La partidilla de blandengues lo cubría en silencio, sin romper el cuadro, con la tranquilidad de saber que cien metros más atrás varios miles de fusileros, con sus puntos de mira brillando en la oscuridad, y una barrera de cañones de gran calibre, nos acariciaban las espaldas.

—¡Le digo que ésta es otra guerra! —repitió Mintsiski.

—No, soldado, eso no. Vos te creés que son distintas guerras, pero es una sola, siempre la misma. Pasa que de tanto en tanto, los que ganan le van inventando finales... Y es muy aburrido. Te lo juro por mis huesos que es muy aburrido. Mirame a mí, me he pasado la vida espiando por este agujero, es lo único que sé hacer.

Parpadeó el ojo al recibir una gota de lluvia.

—Estoy hablando con el corazón, soldado. La guerra es una costumbre muy difícil de quitarse y al final los números salen redondos: con los muertos no hay ninguna deuda que pagar. Ahora da la vuelta y llevate de aquí a tu tropa. Si querés cruzar la fortaleza, será mejor que digas el santo y seña, sino te vas a quedar ahí hasta que se te pase la guerra, como a mí.

—Lo lamento mucho —replicó Mintsiski, mientras alzaba el arma por debajo de la barbacana—. Al fin y al cabo, usted anda buscando quién lo mate.

—En eso estamos de acuerdo —susurró la voz—, los dos buscamos lo mismo.

Después, y todos pudimos verlo, el vicesargento amartilló la tercerola y descerrajó un balazo en el hueco; disparó impetuosamente, abalanzando el brazo que empuñaba el arma, como si hubiera querido asegurar el recorrido de la bala.

El disparo del Yaguareté fue interpretado por el alto mando como la señal para cargar y entonces atronó la artillería. Una cortina de plomo cayó sobre las posiciones de Chacabuco; aullando, silbando, las balas bombardearon la tierra y troncharon los cuerpos de doscientos cuarenta blandengues de nuestra partidilla.

Yo huí de la masacre partiendo a escape por la llanura. No me atreví a volver la cabeza. Las ametralladoras repiqueteaban con rapidez y eran tremendos los hoyos que abrían las bombas en la tierra. Las granadas volaban en gran número sobre nosotros. El aire de Chacabuco estaba cargado de pólvora y basura.

A dos pasos de mí, un blandengue que trastabillaba y se batía con su miedo, me gritó:

—¡Nos aplastan! ¡Las comunicaciones con la formación central están cortadas!

Fijé la mirada en aquel camarada, era el capellán Lonau, un hombre robusto y miope. Presa de una profunda agitación, no paraba de dar voces:

—Se duda de Mintsiski. Si lo ve, deténgalo, métale un tiro, ¡ese hijo puta va a pagar la travesura!

—¡A la orden! —respondí.

El capellán se sujetó el tricornio con una mano y la barriga con la otra, saltó una zanja y partió a velocidad. Yo lo seguí camino de un bosque, mientras le oía ordenarme.

—¡Reúna a la gente! ¡Agrupémonos!

Su voz sonaba como un látigo entre los árboles. Otros camaradas lo oyeron y empezaron a correr detrás de nosotros. Por todas partes había restos humanos, armaduras y capacetes sangrantes que se enredaban en mis botas. Recordé al Yaguareté y me cagué en la mala sombra que lo había llevado a apretar el gatillo y colocarnos bajo el fuego de nuestra propia artillería. Horas después, el camarada López diría que no bastaban todos los santos del cielo para disculparlo, así lo hubiera impulsado su patriotismo, su valor temerario y vanidoso de suicida o su brutalidad de soldado veterano.

A las dos y media, según mi reloj, pasaron los aeroplanos de la 1ª escuadrilla y ametrallaron nuestro sector. Los aparatos caían en picadas y sus potentes ráfagas hacían pegar saltitos a viejos cadáveres. Un camarada que salió al descubierto apuntándolos con un revólver, cayó lanzando un grito y con todos los dientes rotos. La escuadrilla sobrevoló una vez más sobre nuestras cabezas y se alejó. Entonces, lejano y estridente, sonó el cornetín tocando a retirada. Cesó el fuego. En el cielo brilló por un momento una bengala y se esparció formando tres estrellas verdes; bien sabíamos nosotros lo que significaba esta señal: luego de contundente ataque, despejado el terreno, el alto mando ordenaba a sus tropas retomar la marcha. El zumbido de los autogiros trazó un círculo sobre el bosque y enseguida se apagó tras las murallas. Nosotros decidimos esperar la claridad para unirnos a la formación, los centinelas de retaguardia dispararían a mansalva sobre cualquier sombra que se acercara a la caravana. Eramos exactamente diez blandengues y el capellán Lonau, que vestía uniforme morado de los pies a la cabeza.

Durante aquella larga noche en los arrabales de Chacabuco, el camarada López —Icaro López, alistado en el 4º Regimiento de Tacna— fue ascendido por Lonau al grado de furriel, y comisionado para guiarnos hasta la formación, ese amanecer; mas no salió así la cosa. El viaje por el desierto de Obama fue largo y fatal. Y aunque en un principio el traslado se hizo sin oposición de parte del enemigo, la naturaleza del terreno y las nieblas de aquellos vadíos empezaron a retrasar nuestra llegada. Las llanuras, cada vez más hostiles y quebradas, las riberas del río Uruguay muy escasas de sendas, y las carreteras que conducían al peligroso desierto nos obligaron a combinar maniobras de rodeo y operaciones militares que comprometían al furriel. Ni una queja, empero, se oía del disciplinado pelotón, a quien animaba, principalmente, el deseo de tomar contacto con el alto mando y entrar en combate. Realizábamos jornadas interminables y asombrosas, encolumnados en dos grupos los hombres de cabeza y desplegados en abanico los que cubrían la pinza de retaguardia; engañados todos al igual por las ilusiones ópticas, tan frecuentes en estos parajes solitarios y brumosos, que obligaban a los camaradas a disparar rachas desordenadas sobre arbustos, y bultos inmóviles, y animales que llevaban muchos meses sin respirar. De este modo llegamos a Obama, y nuestro furriel ordenó acampar junto a una cruz de linde, corría el mes de julio, llovía incesantemente y el agua fría a la que no estábamos acostumbrados produjo diarreas en la tropa.

En el transcurso de este vivac en el desierto tuvimos una visita inesperada. Yo no conocí los hechos hasta algún tiempo después,



El siguiente texto es sólo una parte de una gran cantidad de folios hallados en el interior de un fascistol de campaña, en los depósitos de la estación Los Cardales, en la provincia de Buenos Aires, manuscrito con tinta e ilegible en algunos sectores, en cuarenta cuartillas sin membretes ni sellos y con una fecha al pie, imprecisa por el deterioro: abril de 1913 o 1993, junto con un revólver del'38, un espadín y una chaqueta de caftán negro con insignias de capitán de la caballería.

TIGRES Y ALONDRAS

Eduardo Mignogna ha cabalgado entre el cine y la literatura. Entre sus obras figuran "En la cola del cocodrilo" (novela, 1971), "Lastenia" (1975, ganador del concurso de cuentos policiales organizado por Editorial Abril y Air France) y "Cuatrocasas" (1976, novela con la que obtuvo el Premio Casa de las Américas). A continuación se publica un fragmento de la novela "Tigres y alondras", que Mignogna escribió durante los años del exilio en España

Dos meses después de iniciadas las campañas, los autogiros que volaban sobre el pelotón de cabeza anunciaron que nos acercábamos a un puesto fortificado. Era el baluarte de Chacabuco, una muralla altísima de los tiempos de la reconquista que se extendía de horizonte a horizonte. Los tres jefes del alto mando (coroneles Washington Leguizamón, Júpiter Violet y Rósulo T. Orleáns) despacharon una partidilla encabezada por el vicesargento Mintsiski, y compuesta por treinta blandengues de cada tercio, con la consigna de reconocer el área de la fortaleza. A continuación, se ordenó concentrar la artillería de sitio y el grueso de la fuerza a cien metros de Chacabuco, y esperar la señal de ataque si se producía una emboscada enemiga: esta señal consistía en un disparo al aire que debía lanzar el vicesargento Mintsiski con su tercerola.

Se llama Mintsiski —Lionel Mintsiski— pero lo apodaban el Yaguareté por su destreza para seguir rastros. Había sido reclutado como aspirante en el cuartel de Hugues, llevaba rojas barbas bajo su nariz de buitre y vestía al estilo de nuestra caballería: espuelas culebreras, uniforme lleno de botones dorados y una hilera de granadas de mano en la cintura. Bajo su mando salió la partidilla de trescientos blandengues, y entre aquellos blandengues partí yo.

La noche era fría y neblinosa. Y Mintsiski adelantó su caballo blanco para pasar revista al baluarte. Nadie parecía haber llegado nunca a ese lugar. No había en todo el paraje rastros de animales o pisadas humanas. Bajo la chaparrada incesante, las piedras de Chacabuco se veían cubiertas de cizaña, con grietas humeantes donde crecía la tuna y donde zumbaban avispas y moscones.

El Yaguareté frenó su galope al pie de la muralla y se elevó en los estribos; permaneció en esta posición un rato, oliendo el aire viejo que salía de las barbacanas. Nuestra partidilla se desplegó a sus espaldas y lo cubrió por los flancos. Entonces se oyó un susurro, como el arrastrarse de un cuerpo detrás del muro. En el hueco de una barbacana apareció un ojo que espiaba al vicesargento.

—Alto, soldado —ordenó una voz—, dame el santo o disparo!

Mintsiski bajó su mano y desenfundó la tercerola.

—¿Quién vive? —preguntó.

—El custodia de la muralla, soldado, un llanero de las brigadas del general Páez. Tengo la consiga de rechazar a los realistas.

—No venga con cuentos —barbulló Mintsiski—, los llaneros están todos bajo tierra. La guerra contra los españoles terminó hace dos siglos. Sea prudente y abra el baluarte.

La mano del Yaguareté señaló un pequeño portal con un candado oxidado, y el ojo acompañó desde el hueco el recorrido de la mano. El cielo se iluminó. Un rayo que zarageteó en el aire fue a despedazar un viejo olmo. La lluvia continuaba chorreando sobre las piedras. Y la lluvia llenó de agua el ojo. Era un ojo negro, viscoso; parecía cansado de mirar.

—¿De verdad te creés que la guerra terminó? —se oyó al rato.

—¡Le estoy diciendo que sí! —exclamó el vice.

—¿Y quién ganó?

—y yo qué sé quién ganó, ¡eso pasó hace muchos años! ¡Ahora todas las guarniciones firmaron un pacto contra los insurgentes! —se engalló Mintsiski en la montura y declaró con voz ronca—: Salga a la luz, ésta es otra guerra. No haga perder el tiempo. Nuestras divisiones esperan una señal para cargar...

Cambió de mano la tercerola y se volvió ligeramente hacia nosotros. La partidilla de blandengues lo cubría en silencio, sin romper el cuadro, con la tranquilidad de saber que cien metros más atrás varios miles de fusileros, con sus puntos de mira brillando en la oscuridad, y una barrera de cañones de gran calibre, nos acariciaban las espaldas.

—¡Le digo que ésta es otra guerra! —repitió Mintsiski.

—No, soldado, eso no. Vos te creés que son distintas guerras, pero es una sola, siempre la misma. Pasa que de tanto en tanto, los que ganan le van inventando finales... Y es muy aburrido. Te lo juro por mis huesos que es muy aburrido. Mirame a mí, me he pasado la vida espiando por este agujero, es lo único que sé hacer.

Parpadeó el ojo al recibir una gota de lluvia.

—Estoy hablando con el corazón, soldado. La guerra es una costumbre muy difícil de quitarse y al final los números salen redondos: con los muertos no hay ninguna deuda que pagar. Ahora da la vuelta y llevate de aquí a tu tropa. Si querés cruzar la fortaleza, será mejor que digas el santo y seña, sino te vas a quedar ahí hasta que se te pase la guerra, como a mí.

—Lo lamento mucho —replicó Mintsiski, mientras alzaba el arma por debajo de la barbacana—. Al fin y al cabo, usted anda buscando quién lo mate.

—En eso estamos de acuerdo —susurró la voz—, los dos buscamos lo mismo.

Después, y todos pudimos verlo, el vicesargento amartilló la tercerola y descerrajó un balazo en el hueco; disparó impetuosamente, abalanzando el brazo que empuñaba el arma, como si hubiera querido asegurar el recorrido de la bala.

El disparo del Yaguareté fue interpretado por el alto mando como la señal para cargar y entonces atronó la artillería. Una cortina de plomo cayó sobre las posiciones de Chacabuco; aullando, silbando, las balas bombardearon la tierra y troncharon los cuerpos de doscientos cuarenta blandengues de nuestra partidilla.

Yo huí de la masacre partiendo a escape por la llanura. No me atreví a volver la cabeza. Las ametralladoras repiqueteaban con rapidez y eran tremendos los hoyos que abrían las bombas en la tierra. Las granadas volaban en gran número sobre nosotros. El aire de Chacabuco estaba cargado de pólvora y basura.

A dos pasos de mí, un blandengue que trastabillaba y se batía con su miedo, me gritó:

—¡Nos aplastan! ¡Las comunicaciones con la formación central están cortadas!

Fijé la mirada en aquel camarada, era el capellán Lonau, un hombre robusto y miope. Presa de una profunda agitación, no paraba de dar voces:

—Se duda de Mintsiski. Si lo ve, deténgalo, métale un tiro, ¡ese hijo puta va a pagar la travesura!

—¡A la orden! —respondí.

El capellán se sujetó el tricornio con una mano y la barriga con la otra, saltó una zanja y partió a velocidad. Yo lo seguí camino de un bosque, mientras le oía ordenarme.

—¡Reúna a la gente! ¡Agrupémonos!

Su voz sonaba como un látigo entre los árboles. Otros camaradas lo oyeron y empezaron a correr detrás de nosotros. Por todas partes había restos humanos, armaduras y capacetes sangrantes que se enredaban en mis botas. Recordé al Yaguareté y me cagué en la mala sombra que lo había llevado a apretar el gatillo y colocarnos bajo el fuego de nuestra propia artillería. Horas después, el camarada López diría que no bastaban todos los santos del cielo para disculparlo, así lo hubiera impulsado su patriotismo, su valor temerario y vanidoso de suicida o su brutalidad de soldado veterano.

A las dos y media, según mi reloj, pasaron los aeroplanos de la 1ª escuadrilla y ametrallaron nuestro sector. Los aparatos caían en picadas y sus potentes ráfagas hacían pegar saltitos a viejos cadáveres. Un camarada que salió al descubierto apuntándolos con un revólver, cayó lanzando un grito y con todos los dientes rotos. La escuadrilla sobrevoló una vez más sobre nuestras cabezas y se alejó. Entonces, lejano y estridente, sonó el cornetín tocando a retirada. Cesó el fuego. En el cielo brilló por un momento una bengala y se esparció formando tres estrellas verdes; bien sabíamos nosotros lo que significaba esta señal: luego de contundente ataque, despejado el terreno, el alto mando ordenaba a sus tropas retomar la marcha. El zumbido de los autogiros trazó un círculo sobre el bosque y enseguida se apagó tras las murallas. Nosotros decidimos esperar la claridad para unirnos a la formación, los centinelas de retaguardia dispararían a mansalva sobre cualquier sombra que se acercara a la caravana. Eramos exactamente diez blandengues y el capellán Lonau, que vestía uniforme morado de los pies a la cabeza.

Durante aquella larga noche en los arrabales de Chacabuco, el camarada López —Icaro López, alistado en el 4° Regimiento de Tacna— fue ascendido por Lonau al grado de furriel, y comisionado para guiarnos hasta la formación, ese amanecer; mas no salió así la cosa. El viaje por el desierto de Obama fue largo y fatal. Y aunque en un principio el traslado se hizo sin oposición de parte del enemigo, la naturaleza del terreno y las nieblas de aquellos vadíos empezaron a retrasar nuestra llegada. Las llanuras, cada vez más hostiles y quebradas, las riberas del río Uruguay muy escasas de sendas, y las carreteras que conducían al peligroso desierto nos obligaron a combinar maniobras de rodeo y operaciones militares que comprometían al furriel. Ni una queja, empero, se oía del disciplinado pelotón, a quien animaba, principalmente, el deseo de tomar contacto con el alto mando y entrar en combate. Realizábamos jornadas interminables y asombrosas, encolumnados en dos grupos los hombres de cabeza y desplegados en abanico los que cubrían la pinza de retaguardia; engañados todos al igual por las ilusiones ópticas, tan frecuentes en estos parajes solitarios y brumosos, que obligaban a los camaradas a disparar rachas desordenadas sobre arbustos, y bultos inmóviles, y animales que llevaban muchos meses sin respirar. De este modo llegamos a Obama, y nuestro furriel ordenó acampar junto a una cruz de linde, corría el mes de julio, llovía incesantemente y el agua fría a la que no estábamos acostumbrados produjo diarreas en la tropa.

En el transcurso de este vivac en el desierto tuvimos una visita inesperada. Yo no conocí los hechos hasta algún tiempo después, cuando la fortuna militar ya empezaba a cambiar para nuestros tercios. Supe la historia de boca de uno de mis camaradas, el lenguaraz Milobi, hombre de cetrina casta y jeta de búho. Me contó Milobi que aquella noche cumplía su segundo cuarto vigilante, cuando unos cascos retumbaron en las sombras y un jinete acabó de acercarse y frenó, o el que se detuvo a buenas fue el caballo, porque le dio la gana, y el jinete se quedó al acecho, amparado por la bruma. Entonces Milobi corrió a despertar a López, y el furriel salió al encuentro del jinete, echándose la tercerola sobre el cuerpo. "Soy el jefe López, ¿quién vive?", tartajeó el furriel, y acabó junto a las crines del caballo, mirando de reojo la silueta borrosa de aquel hombre. Era un soldado vestido al estilo de nuestros regimientos, chaquetón negro de caballería y rebenque con la cabeza de un tigre tallada en el pomo. Se trataba de Lionel Mintsiski, el Yaguareté. Cuenta el lenguaraz que tanto él como López debieron pensar lo mismo en aquel instante, porque al furriel se le crisparon las manos en el arma y Milobi sintió ganas de hacerle pagar las doscientas cincuenta vidas segadas al pie de las murallas. "¡A la orden, Mintsiski, desmonte!", dijo López. "Lo creíamos herido, ahora veo que nos abandonó. Además de imprudente es usted un desertor." No hubo respuesta. Estornudó el caballo y salpicó al furriel en la cara. Era el animal blanco que ya conocíamos, con la misma cola amarilla que ahora se esfumaba en la niebla. El caballo retrocedió apenas, balanceó el pescuezo y volvió a resoplar. Entonces Mintsiski cabeceó un saludo entre las sombras y en segudia, casi tristemente, guiñó un ojo. Icaro López endureció el cuerpo y la voz; después maniobró el arma y la apoyó en el hocico del animal, dijo: "Desmonte, señor, estoy al mando de un piquete y ésta es mi primera misión, necesito el caballo para seguir el rastro de la caravana; usted puede ayudar, si quiere...", aquí el furriel dio un paso atrás y se llevó una mano al corazón: "Guíenos hasta la formación y se lo pagaré, Mintsiski... delante del alto mando se lo pagaré, ¿qué me contesta?" Y el Yaguareté, sin despegar los labios, de una cabezada, le guiñó el otro ojo. No era un estilo apropiado para responderle al furriel. López pegó una media vuelta impetuosa y caló la bayoneta. Mucha era la gente que nos había cepillado por culpa de aquel desertor. Lanzó un chillido el furriel y se dispuso a cargar. Fue entonces que el caballo se movió hacia adelante y los dejó cara a cara por primera vez: Lionel Mintsiski —si es cierto lo que me contó Milobi— llevaba los dedos de las manos trenzados a las riendas y las espuelas militares hechas un nudo en los estribos, sus ojos estaban completamente cerrados, como dormidos, y con el balanceo del animal se le abría uno de cuando en cuando. "Juraría —son palabras de Milobi—, juraría que el Yaguareté llevaba muchos días cabalgando muerto: buen jinete sería."

A continuación López dio instrucciones a Milobi y lo dejó solo con Mintsiski. Se abalanzó el lenguaraz sobre el caballo, pegó un tirón a la fusta y el Yaguareté se desplomó en el desierto; quedó sin cambiar de postura, como galopando en las piedras, tenía una esquirla de granada hundida entre los lomos. Milobi lo arrastró hasta la cruz de linde, adonde lo ató por la espalda, y le vendó los ojos con su propio fajín, después irguió lo más posible sus barbas y le rompió las piernas para que se mantuviera de pie. Al desgarrarle la chaqueta a la altura del corazón, vio en el pecho del vicesargento, junto a las cicatrices de viejas heridas que no habían conseguido matarlo, un medallón con la fotografía de dos criaturas.

De todo esto me habló en su día el lenguaraz Milobi. Lo que ocurrió después lo recuerdo yo en todos sus detalles. No fue un asunto afortunado. Icaro López llegó al campamento y nos despertó bruscamente. Luego nos lanzó al trote, con las armas al hombro, y ordenó formar un piquete a veinte pasos del Yaguareté. Había dejado de llover. Una luna blanca y redonda iluminaba el horizonte de Obama. Milobi cruzó a paso vivo y se unió al pelotón. Seguidamente López, que blandía un sable curvo de caballería, montó gallardamente sobre el caballito blanco, y desde las alturas, empezó a soltar una vigorosa soflama contra el traidor de Chacabuco. Aquellas palabras tan bien dichas encendieron nuestros dormidos ánimos, hasta el punto de aplaudir el final del discurso. Era nuestra primera ejecución y ardíamos en deseos de disparar. Cuando ya estábamos rodilla en tierra y en posición de tiro, rompió filas el capellán Lonau y fue a hincarse junto al reo con el toallín de oficios desplegado. Sin embargo, aquel viático nunca se llegó a celebrar. El sentimiento de odio que sentíamos por Mintsiski hizo que la descarga fuera tan precipitada, que el capellán cayó acribillado junto a él, cuando aún López no había dado la orden de disparar.

Hace siete días, de camino al sitio de Bolívar, mientras nuestras diezmadas tropas acantonaban en los suburbios de Hugues, el alto mando despachó una comisión disciplinaria para que notificara a la familia de Mintsiski su traición a las banderas. Por ser yo el único superviviente del pelotón de Obama, fui destacado para cumplir la misión.

—Ya van a saber —me dijo el coronel Júpiter Violet, mientras me entregaba el boletín—. Nadie sobrevive a una traición.

Apliqué los cinco dedos de mi mano a la visera del capacete y salí del campamento. No me fue difícil encontrar la casa del Yaguareté, el vicesargento era una persona conocida en Hugues. Una mujer de cara ruda y vestida con lutos, y un chico salieron a recibirme cuando llamé a la puerta. La mujer no cesaba de restregarse las manos en un delantal; el chico era hijo de Mintsiski, no cabían dudas, tenía el cabello colorado y la misma nariz ganchuda del padre, representaba ocho años, parecía simpático.

A través de la puerta entreabierta me llegaba un aroma de cebollas fritas y el canto rabioso de un petirrojo. Mientras sacaba el boletín del bolsillo de mi guerrera, espié el pasillo de entrada; en la recta y clara pared colgaban uno retratos. En uno se veía a un joven aspirante vestido con fajinas de instrucción, en otro, el mismo aspirante sonreía y se dejaba morder un brazo por un perro lobo adiestrado, fanfarroneaba el aspirante, sacaba pecho como si las medallas fueran a llover sobre él. La mujer extendió una mano y entornó la puerta. Evitó mirarme. Dejó caer el brazo y rodeó al chico por los hombros.

Yo rompí los lacres del boletín y empecé a leer. El parte comunicaba que Mintsiski, Lionel, vicesargento principal de nuestra caballería, había sido degradado y ejecutado por traidor a los ejércitos y a las banderas, en la demarcación de Obama, polígono 6° del combate, a los 24 días del mes de julio de...

Pero el chico no me dejó terminar. Volviéndose hacia la mujer, le preguntó:

—¿Por qué querrá este señor hacernos creer estas cosas esta mañana?

Y ella le contestó con aspereza:

—Habla de otra persona este señor.

(Sitges, España 1977)



ORAS

cuando la fortuna militar ya empezaba a cambiar para nuestros tercios. Supe la historia de boca de uno de mis camaradas, el lenguaraz Milobi, hombre de cetrina casta y jeta de búho. Me contó Milobi que aquella noche cumplía su segundo cuarto vigilante, cuando unos cascos retumbaron en las sombras y un jinete acabó de acercarse y frenó, o el que se detuvo a buenas fue el caballo, porque le dio la gana, y el jinete se quedó al acecho, amparado por la bruma. Entonces Milobi corrió a despertar a López, y el furriel salió al encuentro del jinete, echándose la tercerola sobre el cuerpo. "Soy el jefe López, ¿quién vive?", tartajeó el furriel, y acabó junto a las crines del caballo, mirando de reojo la silueta borrosa de aquel hombre. Era un soldado vestido al estilo de nuestros regimientos, chaquetón negro de caballería y rebenque con la cabeza de un tigre tallada en el pomo. Se trataba de Lionel Mintsiski, el Yaguareté. Cuenta el lenguaraz que tanto él como López debieron pensar lo mismo en aquel instante, porque al furriel se le crisparon las manos en el arma y Milobi sintió ganas de hacerle pagar las doscientas cincuenta vidas segadas al pie de las murallas. "¡A la orden, Mintsiski, desmonte!", dijo López. "Lo creíamos herido, ahora veo que nos abandonó. Además de imprudente es usted un desertor." No hubo respuesta. Estornudó el caballo y salpicó al furriel en la cara. Era el animal blanco que ya conocíamos, con la misma cola amarilla que ahora se esfumaba en la niebla. El caballo retrocedió apenas, balanceó el pescuezo y volvió a resoplar. Entonces Mintsiski cabeceó un saludo entre las sombras y en seguida, casi tristemente, guiñó un ojo. Icaro López endureció el cuerpo y la voz; después maniobró el arma y la apoyó en el hocico del animal, dijo: "Desmonte, señor, estoy al mando de un piquete y ésta es mi primera misión, necesito el caballo para seguir el rastro de la caravana; usted puede ayudar, si quiere...", aquí el furriel dio un paso atrás y se llevó una mano al corazón: "Guíenos hasta la formación y se lo pagaré, Mintsiski... delante del alto mando se lo pagaré, ¿qué me contesta?" Y el Yaguareté, sin despegar los labios, de una cabezada, le guiñó el otro ojo. No era un estilo apropiado para responderle al furriel. López pegó una media vuelta impetuosa y caló la bayoneta. Mucha era la gente que nos había cepillado por culpa de aquel desertor. Lanzó un chillido el furriel y se dispuso a cargar. Fue entonces que el caballo se movió hacia adelante y los dejó cara a cara por primera vez: Lionel Mintsiski —si es cierto lo que me contó Milobi— llevaba los dedos de las manos trenzados a las riendas y las espuelas militares hechas un nudo en los estribos, sus ojos estaban completamente cerrados, como dormidos, y con el balanceo del animal se le abría uno de cuando en cuando. "Juraría —son palabras de Milobi—, juraría que el Yaguareté llevaba muchos días cabalgando muerto: buen jinete sería."

A continuación López dio instrucciones a Milobi y lo dejó solo con Mintsiski. Se abalanzó el lenguaraz sobre el caballo, pegó un tirón a la fusta y el Yaguareté se desplomó en el desierto; quedó sin cambiar de postura, como galopando en las piedras, tenía una esquirla de granada hundida entre los lomos. Milobi lo arrastró hasta la cruz de linde, adonde lo ató por la espalda, y le vendó los ojos con su propio fajín, después irguió lo más posible sus barbas y le rompió las piernas para que se mantuviera de pie. Al desgarrarle la chaqueta a la altura del corazón, vio en el pecho del vicesargento, junto a las cicatrices de viejas heridas que no habían conseguido matarlo, un medallón con la fotografía de dos criaturas.

De todo esto me habló en su día el lenguaraz Milobi. Lo que ocurrió después lo recuerdo yo en todos sus detalles. No fue un asunto afortunado. Icaro López llegó al campamento y nos despertó bruscamente. Luego nos lanzó al trote, con las armas al hombro, y ordenó formar un piquete a veinte pasos del Yaguareté. Había dejado de llover. Una luna blanca y redonda iluminaba el horizonte de Obama. Milobi cruzó a paso vivo y se unió al pelotón. Seguidamente López, que blandía un sable curvo de caballería, montó gallardamente sobre el caballito blanco, y desde las alturas, empezó a soltar una vigorosa soflama contra el traidor de Chacabuco. Aquellas palabras tan bien dichas encendieron nuestros dormidos ánimos, hasta el punto de aplaudir el final del discurso. Era nuestra primera ejecución y ardíamos en deseos de disparar. Cuando ya estábamos rodilla en tierra y en posición de tiro, rompió filas el capellán Lonau y fue a hincarse junto al reo con el toallín de oficios desplegado. Sin embargo, aquel viático nunca se llegó a celebrar. El sentimiento de odio que sentíamos por Mintsiski hizo que la descarga fuera tan precipitada, que el capellán cayó acribillado junto a él, cuando aún López no había dado la orden de disparar.

Hace siete días, de camino al sitio de Bolívar, mientras nuestras diezmadas tropas acantonaban en los suburbios de Hugues, el alto mando despachó una comisión disciplinaria para que notificara a la familia de Mintsiski su traición a las banderas. Por ser yo el único superviviente del pelotón de Obama, fui destacado para cumplir la misión.

—Ya van a saber —me dijo el coronel Júpiter Violet, mientras me entregaba el boletín—. Nadie sobrevive a una traición.

Apliqué los cinco dedos de mi mano a la visera del capacete y salí del campamento. No me fue difícil encontrar la casa del Yaguareté, el vicesargento era una persona conocida en Hugues. Una mujer de cara ruda y vestida con lutos, y un chico salieron a recibirme cuando llamé a la puerta. La mujer no cesaba de restregarse las manos en un delantal; el chico era hijo de Mintsiski, no cabían dudas, tenía el cabello colorado y la misma nariz ganchuda del padre, representaba ocho años, parecía simpático.

A través de la puerta entreabierta me llegaba un aroma de cebollas fritas y el canto rabioso de un petirrojo. Mientras sacaba el boletín del bolsillo de mi guerrera, espié el pasillo de entrada; en la recta y clara pared colgaban uno retratos. En uno se veía a un joven aspirante vestido con fajinas de instrucción, en otro, el mismo aspirante sonreía y se dejaba morder un brazo por un perro lobo adiestrado, fanfarroneaba el aspirante, sacaba pecho como si las medallas fueran a llover sobre él. La mujer extendió una mano y entornó la puerta. Evitó mirarme. Dejó caer el brazo y rodeó al chico por los hombros.

Yo rompí los lacres del boletín y empecé a leer. El parte comunicaba que Mintsiski, Lionel, vicesargento principal de nuestra caballería, había sido degradado y ejecutado por traidor a los ejércitos y a las banderas, en la demarcación de Obama, polígono 6° del combate, a los 24 días del mes de julio de...

Pero el chico no me dejó terminar. Volviéndose hacia la mujer, le preguntó:

—¿Por qué querrá este señor hacernos creer estas cosas esta mañana?

Y ella le contestó con aspereza:

—Habla de otra persona este señor.

(Sitges, España 1977)

POLINI



Mar del Plata

Villa Victoria. Matheu 1851
Cine en el Parque: Martes y miércoles 22.30.
Organiza Fundación Cultural Cine Arte de Mar del Plata, auspicia **Página/12**. (Las proyecciones se realizarán en el Parque de la Villa, en pantalla gigante.
29-01: *Gilda*
30-01: *Mujeres al borde de un ataque de nervios*
• Exposición de autos y motos antiguas y de colección:
Con la colaboración del Club de Autos de Colección y el Club de Motos Antiguas de Mar del Plata. Desde el 20 de enero de 16 a 20. Lamadrid 3870.
• Orquesta Sinfónica Municipal "Conciertos de Verano".
28-01 Dirección: Guillermo Becerra "Guillermo Tell", obertura de Givacchino Rossini.
"Concierto para cello y orquesta", de Eduardo Lago, con Juarez Johnson como solista de cello.
"Sinfonía N° 4, OP. 90" "Italiana", de Felix Mendelssohn.
Todos los conciertos se realizarán en el Teatro Colón 22 hs.
• El Poeta y la Luna: en el Teatro del Notariado. Martes y jueves 22.30. Dirección: Roberto Moss.
• Panorama Cultural de "Casa de Madera" Rawson 2250.
Juan J. Wally: Expos. de pinturas: 26 de enero al 8 de febrero. Horario de la galería: Martes a domingos de 18 a 21.
• Teatro Hermitage.
27-01: Sergio Denis.

TEATROS
• Auditorium. Casino Central.
A las 21 en escena *Así es la vida* de Malfatti y De las Llanderas con Malvina Pastorino, Adolfo García Grau, Luis Medina Castro, Marcos Zucker, María Rosa Fugazot, María Fiorentino, Fabián Gianola.
Dirección: Enrique Carreras.
• Alberti. J. B. Alberti 2453.
Martes a domingos a las 22 Lorenzo y Carlos Spadone presentan a Hugo Varela en *De Pe a Pa* y el éxito continúa.
• Biblioteca: Catamarca y 25 de Mayo.
Sala A: *Crimen en la mansión encantada*, espectáculo reidero para toda la familia con Elisa Marval y José María Guimet. Jueves a domingos a las 22.15. Todos los martes Luis Caro en *Murga de los crotos*.
Sala B: Jueves a domingos a las 22.15: *Pasado pisado*. Humor para olvidadizos de Marcelo Marán con Patricia Canale, Cecilia Martin, Jorge Frontera. Dirección: Enrique Baigol.
Patio de la Biblioteca: Lunes y Martes 22.15: *Yo Burgués* de Molière. Grupo Los Trascendentales.
• C.C.L.T. Colón 2052.
Lo mejor del teatro independiente. A las 22.30 lunes y martes: J.M. Rapacciolli presenta *Prévert, más que palabras*. Miércoles y jueves, Sergio Paris y J. Rivera Wollands en *Humorbozo* para reírse hasta la muerte. Viernes, sábados y domingos, Grupo Los Trascendentales presenta *Merde, el último comediante*.
• Centro Médico San Luis 1974.
A las 22.30 lunes, miércoles, viernes y domingos. Estreno absoluto de *Proceso de familia* de Diego Fabbri. Una obra que no puede dejar de ver. Dirección: Francisco Rinaldi. Martes, jueves y sábados: *La ratonera* de A. Christie en sus 11 años.
• City Hall. Moreno 2651.
Santiago Bal, Carmen Barbieri, Alberto Anchart en *Cada día estás mejor*. Libro y dirección: Santiago Bal. Todos los días a las 22. Lunes descanso. Pague con tarjetas de crédito.
• Colon. H. Yrigoyen 1691.
De martes a domingos a las 22.30: Gambas al Ajillo en *La debacle show*. Con Alejandra Flechner, María José Gabin, Verónica Llinas, Laura Market. Invitado cómico: Miguel Fernando Alonso.
• De las Estrellas. Colón y la Costa.
De miércoles a lunes 22.30. Sábados 21.30 y 23. Gustavo Rozas presenta a Roberto Antier, Cecilia Etchegaray, José M. Monje, Ricardo Sbaraglia, Adrián Suar y Diego Torres en *Pájaros in the nait* de Korovsky-Hermida. Dir. Gral.: Ricardo Darín. Apto para todo público.
• Encuentros. San Luis 2060.
Presenta Compañía de Teatro Colonial de Bs. As. en *De cómo reírse en serio* con Ivana Molinari y Adrián Di Stefano (Dir. Gral.) Miércoles y sábados a las 22. Apta para todo público.
• Feeling of the night. Santiago del Estero 2265.
Todos los días a las 22.30. El show más espectacular para la mujer. Ahora el éxito de Buenos Aires está en Mar del Plata: Hombres sensuales en un verano caliente, con la conducción de Sergio Devitte y la coreografía de Darío Martínez.
• Independencia. Independencia 1462.
Presenta compañía del Teatro Colonial de Bs. As. en *Zarzuela* (3ra. temporada con nuevo programa). Auspicia embajada de España. Frag. de La Verbena de la Paloma, La gran vía, etc. Gran elenco. Dir. musical F. Galvé, diariamente a las 21.30 y 23.15.
• Lido. Santa Fe 1751.
Martes a domingos a las 22, Lorenzo y Carlos Spadone presentan *Extraña pareja* (versión femenina), de Neil Simon, con Soledad Silveyra, Ana María Picchio, Perla Caron, Graciela Pal, Rita Cortese, Julián Howard y Roberto Catarineu. Dir. Gral. Carlos Moreno.
• Neptuno. Santa Fe 1751.
Martes a domingos a las 21,30 y 23,45 MIDACHI presenta nuevo espectáculo *Volumen III*. Para todo público. Lunes a las 22.30: Luis Aguilé con su espectáculo *Música Feliz*.
• Del Notariado. Colón e Independencia.
Alba Castellanos en *El Poeta y la Luna* con Mayte Caparrós, martes y jueves 22.30. De viernes a lunes a las 22.30: *Mugres tempestuosas* de la Fábrica Marplatense de Comedias de Verano.
• Odeón. Entre Ríos 1828.
Divertidísima, Mercedes Carreras, Beatriz Taibo, Mario Sapag en *La cigüeña dijo sí* con Victoria Carreras, Gabriel Lenn y la actuación estelar de Francisco Llanos. Autor Carlos Llopis. Dir. Enrique Carreras, miércoles, jueves y viernes a las 22. Martes, sábados y domingos a las 21 y 23. Apto todo público.
• Teatro Plaza.
Unico espectáculo internacional *Pavlovsky*. Rivadavia 2332 con Angel Pavlovsky. martes a viernes 22.15. Sábados 22.15 y 0.15. Domingos 22.15.
• Odeón. Entre Ríos 1828
Presenta *Trasnochando tango* con Jorge Valdéz, Juan Carlos Granelli, Oscar Ferrari, Gloria Díaz, Víctor Ariel, Enrique Alesio, Víctor Ayos y Mónica, Adolfo García Grau y como actor invitado Mario Fortuna. Dir. Gral. Walter Berón. Lunes a las 21 y 23. Martes, sábados y domingos a las 0,30 y miércoles, jueves y viernes a las 23,30.
• Payró. Casino Central.
A las 21.15 y 23: *Aeroplanos* con Carlos Carella y Pepe Novoa. Esc. y dir. Carlos Gorostiza. A las 0.45 Comedia del Pilar *Me lo dijo Gardel* de Ibardin.
• Provincial. B. Marítimo 2300.
E. Estevánez presenta a Carlos Calvo, Enzo Viena, Cris Morena, Pablo Rago, Mabel Landó, O. Echegoyen en *Mi Familia* de Neil Simon. Dir. Gral. Carlos Olivieri de martes a domingos a las 21,30 y 23,30.
• Radio City. San Luis 1742.
Martes a domingos a las 22, Lorenzo y Carlos Spadone presentan a Antonio Gasalla en *Idolos y forros de Gasalla* con gran elenco y la participación de Norma Pons.
• RE FA SI I. Luro 2332.
De martes a domingos las 22 Grupo la Banana Loca presenta el show cómico musical *Humor...con humor se paga*. Apto todo público. Lunes a las 22: grupo Los Fiambres presenta *Fiambres en las góndolas*. Musical con espinas. Apto todo público. Viernes, sábados y domingos a las 0.15: Miguel Angel Vaccaro presenta a Daniel Aráoz y el Turco Salomón en *Dos ladrones en contramano*.
• RE FA SI II. Luro 2332.
El Negro Alvarez en *Yo nací cuando era chico* con Sabrina Villagra todos los días a las 22.
• RE FA SI III. Luro 2332.
Mario Campana y La Rumba Flamenca en *Salero de España*, canciones de Miguel de Molina, Lola Flores, Conchita Piquer y Angelillo. Martes a domingos a las 22.
• Roxy. Santa Fe 1854.
Claudio García Satur y Patricia Palmer en *De mil amores* con Alfredo Zemma. Apto todo público. Martes, miércoles, jueves y domingos a las 22. Viernes y sábados a las 22 y 23.30.
• Teatro Regina. San Martín 2426.
Por secciones, 22 y 24 hs. Los exitosos lunes del Rey del Humor Jorge Corona acompañado por Jorge Triani, Rodolfo Cini, Paco de Arriba y la actuación de Bettina Podestá. Martes a domingos 21,30 y 23,30 *Noche de Gatos*, Darío Vittori.
• Tronador. Santiago del Estero 1746.
Presenta *Rumores* de Neil Simon con M. Busnelli, J. Leyrado, M. Valenzuela, R. Darín, J.L. Mazza, R. Randón, A. Maly, A. Salgueiro, R. Flore, A. Majluf. Dir. Ricardo Darín. Martes a domingos a las 22. Sábados 21.30 y 23.30.
• T. Plaza. Rivadavia 2332.
A las 23.30 *Cachondeo Nocturno*. Un show de humor distinto. De E. Segalini, actor, mimo, clown (ex Botton Tap) y elenco. Canta Silvina Camara.

VARIEDADES
• Bailable Social Rivadavia. Entre Ríos 1864.
Discoteca exclusiva para mayores de 25 años. Venga a bailar con todo ritmo de la noche. Tango, jazz, tropical. Carnaval carioca, abierto todos los días desde las 22.
• Concert La Bohème. Playa Grande Formosa 278 P. 1
Baile y show todos los días desde las 23 y después de todo... Desayune con música. Espectacular show con la voz melódica de Patricia Díaz. El humor de Carlos Román. José Daquino cantautor. El quinteto del ritmo internacional Tracción a Sangre. La voz que le canta al amor Horacio Morales, Sandra Vazza, Grupo Vocal Buena Noticia, Fernando y Abel Rodas. Tango y el piano mágico de Walter Mercado con Miguel García en batería.
• Ferroshow. Teatro Circular del CEF N° 1
Una monumental maqueta de 260 m² surcada por infinidad de trenes y locomotoras de todas las épocas, en réplicas exactas a escala 1:87. Un espectáculo inédito, didáctico y entretenido para toda la familia. Todos los días 20,30 y 22,30 (con mal tiempo, también a las 18,30). Niños gratis.

CIRCOS
• Estrellas de Moscú Super Domo. J.B. Justo y Edison.
Artistas egresados del Ins. de Arte Circense de Moscú, diariamente 22 hs., sábados 20 y 22 hs. Días lluviosos 16 hs.
• Fabuloso Circo Colombiano. Magnum 2000. Cantera Puerto.
Diariamente 20 y 22 hs. Días lluviosos 17.20 y 22 hs. Precios populares.
• Teatro Marplatense La Grana presenta *Una libra de carne* de Agustín Cuzzani. Dir. Roque Basuldo. Elenco: Hugo Cogan, Claudio Acuña, Víctor Iturralde, Juan José Luques, Jorge García, Jorge Ramírez Jar, Mario González y Claudio Basuldo. Av. Colón y Guido (Viernes a domingos 22 hs.)
• Orlando Orfei. Puerto.
Todos los días a las 19,30 y 22,30.
• Rodas. Puerto.
Diariamente 20 y 22.30. Días lluviosos o nublados, función 16 hs.
• Orlando Terry. J.B. Justo 300
Diariamente funciones a las 20 y 22,30. Días nublados o lluviosos a las 17.

Necochea

Teatros
• De la Esquina: Av. 73
Show Mágico: Jorge Guillermoni, martes a domingos a las 23.
• De la Peatonal. Calle 83 e/2 y 4.
Anclado en Madrid de Roberto Ibáñez, con R. Carnahi y H. Grosso. Dir. U. Cosse. Martes a domingos 23 hs.
• Plaza. Calle 85 y bis.
Modelos de madres para recortar y pegar, por Grupo Candilejas jueves a domingos a las 22,20.
Inodoro Pereyra "El Renegau" por el Grupo de Acción de Rosario, jueves a domingos 24 hs.
• Teatro Municipal. Calle 54 N° 3076, presenta unipersonal de Danilo Devizia. Viernes a domingos 22 hs.

Villa Gesell

•Exposiciones en las salas de la Casa de la Cultura. Av. 3 N° 847 (salas 1 y 3). Sala 1 25 al 31/01 exposición de Héctor Vilarrubi.
• Teatro Atlas. Paseo 108 e/Av. 3 y 4. Día 26/01: Eddie Sierra; 28/01: Dyango. 25/01: Rata Blanca. Todos 23 hs.
• Casa de la Cultura Av. 3 e/ 108 y 109. *Reunión cumbre* con J. Butrón, G. Aprile y elenco. Martes, viernes y domingos 23 hs.

San Clemente del Tuyú

• Teatro de la Galería. Calles 1 y 3.
28/01: Lunes *Inodoro Pereyra "El Renegau"* con Rudy Chernicoff a las 23.
29/01: Martes *Brillantísima* con Haydeé Padilla a las 23.
27/01: Domingo *Hay que privatizar el cielo* con Camila Perissé y Mario Castiglione a las 23.
25/01: Viernes *Virgen pero no tanto*, con Daniel Guerrero, Ana María Giunta, Carlos Gross, Graciela Kulliock, con libro de Abel Santa Cruz a las 23.
26/01: Sábado *Brillantísima* con Haydeé Padilla a las 23.
30/01: Miércoles *Hay que privatizar el cielo* con Camila Perisse y Mario Castiglione a las 0,30.
31/01: Jueves I Medici, con *Hasta que la muerte nos separe*. A las 23.

Mar de Ajó

• Club Social Mar de Ajó. Lebehnson 253 a las 22,30:
29/01: I Medici Concert

San Bernardo

• Teatro Arenas. Chiozza y J.V. González
25/01: Víctor Heredia; 26/01 Dyango; 27/01 Charly García.

San Bernardo Hora 22
• Teatro Candilejas. Chiozza e/J.V. González y Mensajerías.
28/01: Lunes Bailanta Loca.
29/01: Martes *Hay que privatizar el cielo* con Camila Perissé y Mario Castiglione
30/01: Miércoles *Brillantísima* con Haydeé Padilla.
25/01: Viernes I Medici Concert.
26/01: Domingo *Falsificaciones*, con Marcela López Rey, Ilda Bernard, Gustavo Rey, Aldo Bigatti, Sandra Domínguez, Mónica Salvador.

Santa Teresita

• Teatro del Mar. Av. J.F. Kennedy y Calle 27.
25, 26, 27, 30, 31/01 miércoles a domingo a las 22,30: *Propuesta escandalosa* con Rodolfo Ranni, Claudia Lapacó, Patricia Dal y Emilio Comte, bajo la dirección de Francisco Pancho Guerrero.
• 25 al 31/01 La Fontaine Café Concert en calles 38 y 3.
Todas las noches a las 23,30 se presentan desde Entre Ríos Ricardo Leguizamo y Alejandro Pirro en *EN HUM, OPR (En Humor la opción...)*
• Teatro Amarcord. Calle 2 e/37 y 38
29, 30 y 31 martes, miércoles y jueves a las 23.45: *Vírgenes pero no tanto*, con Daniel Guerrero, Ana María Giunta, Graciela Kulliock, Carlos Gross.
27/01: Lunes I Medici Concert, 23.45 hs. Domingos: Jorge Corona en dos funciones a las 22 y 24.
25, 26, 28, 29, 30, 31/01 *Falsificaciones* con Marcela López Rey y elenco 22 hs.
25 al 31/01 Confitería Simon's, Calle 35 e/3 y 4. Gran Bailanta con Pichi Landi desde las 23.